

LITERATOS NUTRAM



ANTOLOGÍA  
narrativa y poesía  
2020

EDICIONES  
**Lalo  
Parra**

ASOCIACIÓN CULTURAL MUNICIPAL DE CERRILLOS

## Presentación



Nuestra primera edición como Grupo Literario Nutram Millan, recibe historias y poemas de cada integrante, creando así un espacio para plasmar sus inquietudes literarias, soñar y participar.

Es un regalo para cada uno de los autores que se han esforzado llevándonos desde lo profundo de sus sentimientos a la cotidianidad de las experiencias de las personas que marcaron sus vidas de alguna manera.

En estas páginas encontrarán doce obras que reflejarán la esencia de cada uno de los integrantes de nuestro grupo literario. Ha sido un gran desafío el de este año seguir creciendo y motivando a todos nuestros escritores y poetas a escribir, más aún bajo una pandemia que nos ha mantenido sumidos en el autocuidado y por ello hemos recurrido cada lunes a la plataforma zoom.

Con gran emoción en esta primera etapa, queremos felicitar a cada uno por permitirnos disfrutar de sus relatos y poesías, lo que nos permitirá de alguna manera compartirlos con familiares y amigos.

Agradecer también el trabajo realizado por nuestro monitor Carlos Acevedo, quien ha dedicado tiempo a corregir y supervisar dichos trabajos.

Gilda Reyes R.  
Presidenta Grupo Literario.



ASOCIACIÓN  
CULTURAL  
MUNICIPAL  
DE CERRILLOS

# ANTOLOGÍA

narrativa y poesía  
2020

# Índice

Presentación .....	2
La Mar .....	5
El peinado .....	6
El Angelito .....	7
Lolita .....	9
Caminar .....	11
Lista de compras .....	12
El Mercadillo .....	13
Esos ojos .....	14
La noche sin estrellas .....	15
Violeta .....	16
Paredes negras .....	17
Me tronaron .....	18
Conclusión .....	20



## La Mar

Autora: Pamela Saavedra

Estoy pensando en tí y siento el ruido de las olas en mis oídos, los graznidos de las gaviotas.

Ahí te veo, sumergiendo tu cuerpo.

No te puedo sacar de mi cabeza, todo se vuelve a repetir, como el primer día que te vi corriendo.

El viento soplaba tu pelo negro ya dejando ver tus canas, eras un hombre feliz, sin ataduras por la vida, solo querías más, siempre más.

Pero siempre se repite la misma imagen que aún no puedo borrar de mi cabeza.

Ese día que pudo haber sido bello terminó en desdicha, cuando desapareciste en frente mío.

Te busqué, te juro que te busqué, pero el mar no te devolvió a mí.

-Te quedaste con el amor de mi vida-  
¡Le gritaba al mar!

Con el padre de mi hija, que nunca supo. Ese día iba a ser perfecto.

Pero la mar también es mujer y te llevo con ella.

Abro los ojos y siento la arena entre mis dedos está húmeda y la brisa golpea mi cara, miro al horizonte y pienso, como quiero olvidar ese día y tenerte a nuestro lado.



## El peinado

Autora: Gilda Reyes R.

Había despertado con buen ánimo esa mañana, el sol entraba por mi ventana invitándome a salir, me tiré cama abajo y entré al baño, me di una ducha y me vestí.

Preparé mi desayuno con la toalla en la cabeza y sacié el hambre matutina para luego irme a peinar con el estómago lleno. Era todo un ritual el que hacía cada vez que me peinaba, así que saqué el cepillo y comencé a desenredar el cabello desde la nuca hacia adelante, luego hacía atrás, repitiendo tres veces lo mismo y cuando consideré que era suficiente, me fui a mirar en el espejo. Estaba parada frente a él acomodando mi chasquilla de un lado para otro, y de pronto algo extraño sucedió, cada vez que la situaba en la frente, el cepillo cambiaba de color; por un momento pensé que alucinaba, insistí de nuevo para estar segura de que no era mi imaginación, pero de un momento a otro, el reflejo se elevaba, pasé un paño para limpiar el espejo y vi el rostro de una niña, extendió la mano, me quitó el cepillo y luego se esfumó.



## El Angelito

Autora: Gilda Reyes R.

Recorría las calles buscando un departamento, cuando me detuve ante una escena que me hizo retroceder en el tiempo y recordé un fragmento importante de mi vida.

“Todo comenzó cuando tenía siete años, mi mamá me puso mi mejor traje y me llevó a la casa de la vecina, una mujer que había tenido dos niños y los había perdido. No podía consolarse ante tal desgracia que no la dejaba disfrutar de la maternidad como hubiese querido, pero al parecer enfermaban de neumonía y ella carecía de la experiencia necesaria para conservarlos sanos. Cuando entramos a la sala, una imagen llamó mi atención, en el centro de la mesa había un niño pequeño sentado en una silla, corrí a mirarlo con los ojos desorbitados y me quedé congelado observando aquel sueño celestial. Vestía un traje blanco, muchas flores alrededor lo acompañaban formando un círculo, tenía las manos cruzadas sobre su pecho y entre los dedos un pequeño crucifijo colgaba como si estuviese expiando alguna culpa. A los lados dos candelabros prendidos iluminaban la habitación, a ratos la gente cantaba la canción del angelito que yo no sabía, otros lloraban y mientras los instrumentos sonaban, mi corazón parecía que iba a explotar y me confundía ante aquella celebración de despedida que desconocía y me sentí más pequeño de lo que era. Comencé a tener miedo, un miedo que me dejó atónito al ver tremendo alboroto. De pronto mi imaginación voló a otra dimensión y vi bajar al niño para situarse a mi lado y tocarme la mano, no podía moverme, quería salir corriendo, pero mis pies no me obedecían, quise gritar, pero había enmudecido. Mi mamá rezaba el Ave María con otras personas y no se percataba de mi situación; el olor a las flores comenzaba a asfixiarme, odié ese aroma que impregnaba mi nariz y sentí que mi corazón se aceleraba cada vez más, todos cantaban alzando la voz, pero yo me asustaba. Hice el esfuerzo más grande de mi vida para llegar hasta mi madre luchando entre medio de la gente que se movía, jalé su vestido con fuerza y por fin pudo ver rostro compungi-

do. Tomó mi mano y me llevó al exterior donde derramé las lágrimas más amargas de mi corta vida, desde que oí las letanías que provocaron el ardor de mis mejillas como si como si estuviesen quemadas por el sol, hasta que me sacó de ese estado casi catatónico. En ese momento mi madre comprendió el error de llevarme al velorio y me pidió perdón, abandonando conmigo el lugar. Afuera, pude dar rienda suelta a la desesperación que había retenido, me cobijé entre sus brazos para escapar de aquella visión que no se iba de mi cabeza.

Los días siguientes a ese episodio se convirtieron en las más horribles pesadillas y no podía dormir.

En el poblado, aquella mañana de domingo había quedado en el olvido para sus habitantes, menos para mí, y en la noche me tapaba la cabeza para desaparecer entre las sábanas, me ahogaba y terminaba destapándome para correr a la cama de mi madre y calmar esa sensación tan espantosa. El angelito se había quedado conmigo y me seguía donde iba, el color blanco se arraigó en mi cabeza y recé con mi madre para que se fuera al cielo, pero todo era en vano. Ella, consternada con mi padecimiento, intentó explicarme el tema de la muerte, pero sus esfuerzos no sirvieron, quizá, no encontró las palabras adecuadas para mi edad en ese momento. Siguió insistiendo y luego como un recurso de sanación me llevó donde el sacerdote de la Capilla más cercana; él, me envió cada domingo a rezar unos cuantos Ave María y Padre Nuestros para aliviar mi espíritu, mientras rociaba con agua bendita mi cabeza. Al contrario de lo que esperaba mi madre, ese ritual me aburría de lo lindo y ante cualquier descuido por parte del sacerdote, escapaba a jugar con mis amigos que pateaban la pelota a la vuelta de la esquina y solo en ese momento los fantasmas desaparecían, quise jugar todo el día para distraerme hasta quedar agotado.

Había vivido una experiencia traumática, nunca más quise saber de un velorio y a medida que iba creciendo, me dediqué al deporte como el mejor remedio para alivianar el espíritu, me aferré a los

libros para encontrar una explicación al problema, y me di cuenta que no es tarea fácil para una madre explicar el proceso muerte a un niño pequeño.

A los siete años los monitos animados siempre reviven en escena.



## Lolita

Autora: Gilda Reyes R.

Estaba aburrida y miraba por la ventana, no tenía con quien jugar, las vacaciones no eran entretenidas sin mis compañeras del colegio, trataba de hablar con mi madre para pedirle un hermanito, pero ella siempre estaba ocupada limpiando por todos lados y eso me hacía sentir muy sola. Quería ayudarla, pero no me dejaba, y mi Tablet se había echado a perder. No me quedaba más que resignarme a jugar con Sofía, mi perra, una maltes negra que dormía conmigo. La tomaba, la peinaba, le hacía trenzas para que luciera más linda, pero la mal agradecida se arrancaba al patio. Por más que la llamaba no venía, y se escondía. La pillaba siempre porque dejaba la cola afuera y la jalaba, pero me gruñía. Solo le gustaba dormir y que la acariciara el lomo. Así que volvía al lado de mi mamá, pero ella me mandaba a jugar, y yo salía reclamando.

¡nunca se daba tiempo para mí! ¡Cuando no, se pasaba horas hablando por teléfono, y eso me ponía furiosa, al final salía tirando lo que pillaba en el camino para desahogarme!

Volvía al sillón y dejaba colgando la cabeza, un pie arriba y otro abajo, me daba vueltas y vueltas, para terminar, viendo monitos en la TV, me acomodaba, miraba un rato, y luego me dormía. Cuando abría los ojos estaba tapada hasta la cabeza, extrañada me levantaba y preguntaba a mamá quien me había arropado y no sabía. Estábamos las dos solas, ¿cómo no iba a saber? Eso pasó muchas veces, y empecé a imaginar que andaban duendes, porque había escuchado que eran traviesos. Mi mamá creía que yo le mentía para llamar su atención y no era cierto. No la moleste más, ¡ella no me creía! sentía ganas de mandarme a cambiar, pero luego me arrepentía, porque era mi mamá y la amaba. Comencé a espiarla escondida detrás de la puerta, no paraba de hablar con alguien, caminaba de un lado para otro y de vez en cuando asomaba la cabeza para tratar de verme.

Una mañana salí al patio, y me senté a mirar los pajaritos que vola-

ban sobre los árboles, iban y venían cantando, de pronto se volvían bulliciosos, se paraban en la rama, a veces bajaban a mi lado buscando alimento. Me gustaba verlos ir y venir, era más entretenido que ver televisión y quedarme dormida. Un día, les comencé a tirar migas de pan, les hablaba, me alejaba un poquito y comían, así me entretuve por un tiempo, hasta que se me ocurrió meterme al jardín para sacar chanchitos de la tierra, pero los pajaritos al parecer se molestaron y cantaron fuerte, quizá pensaron que les quería robar su alimento.

Me levanté curiosa ante tanto trino, uno había bajado y al verme se quedó quieto, me acerqué despacio, no quería asustarlo. Extendí la mano con comida y se posó sobre ella, ¡guau!, no podía creerlo, parecía un sueño. El pajarito picoteaba el alimento, me puse muy nerviosa al sentir sus patitas frías y luego se fue volando. Estaba tan feliz que guardé mi secreto y me imaginé volando con él.

En la noche pensé en un nombre y le puse Benito, por el santo que tenía mi mamá en su medalla. Comencé a dejarle comida para agradecer su compañía y un pocillo con agua por si quería bañarse. Un día el cielo se volvió oscuro, llegaron los truenos y relámpagos y Benito no apareció, me preocupé pensando mil cosas. Lo veía bajo las garras de un gato o habría muerto del corazón con esos ruidos tan grandes que venían del cielo, luego cerraba los ojos rezando por él. En la noche no me pude aguantar y dejé fluir mis lágrimas, extrañando su presencia, renegando contra el clima. A la mañana siguiente desperté con un cálido beso en la frente. Era mi mamá, se sentó a mi lado y me pidió disculpas reconociendo que yo decía la verdad, la miré extrañada bostezando y restregando mis ojos. Dijo: ¡hija: - tenías razón, la persona que te tapaba hasta la cabeza, era tu papá, él pasaba a la hora que tu duermes, me dejaba algunas cosas y se iba.

Le contesté en tono de burla – ¡él era mi duende! –  
(Reímos juntas).

De pronto me di cuenta de que ella tenía en la mano una caja con cinta celeste, y pregunté: ¿mami que tienes ahí? Sonrió y me la entregó. Creí que era un regalo para mí, pero en su interior había unos zapatitos de bebé. La miré sin entender, y entonces me confesó que estaba embarazada, y hablaba por teléfono solicitando sus horas médicas. Di un brinco tan grande, que me tiré sobre ella, la abracé y le di muchos besos (yo estaba segura que sería un niño). Le pregunté cómo le pondría si fuera un niño y me dijo que le pondría Benito. ¡No podía ser cierto!, me quedé muda por un momento, y grité: - ¡sí, sí, sí, me gusta ese nombre!, pero ella nunca supo de mi amigo el pajarito que me acompañaba en mis momentos de soledad. Cuando mi mamá salió de mi habitación, me puse a saltar de felicidad, el sol entraba por la ventana y las aves comenzaban a llegar.



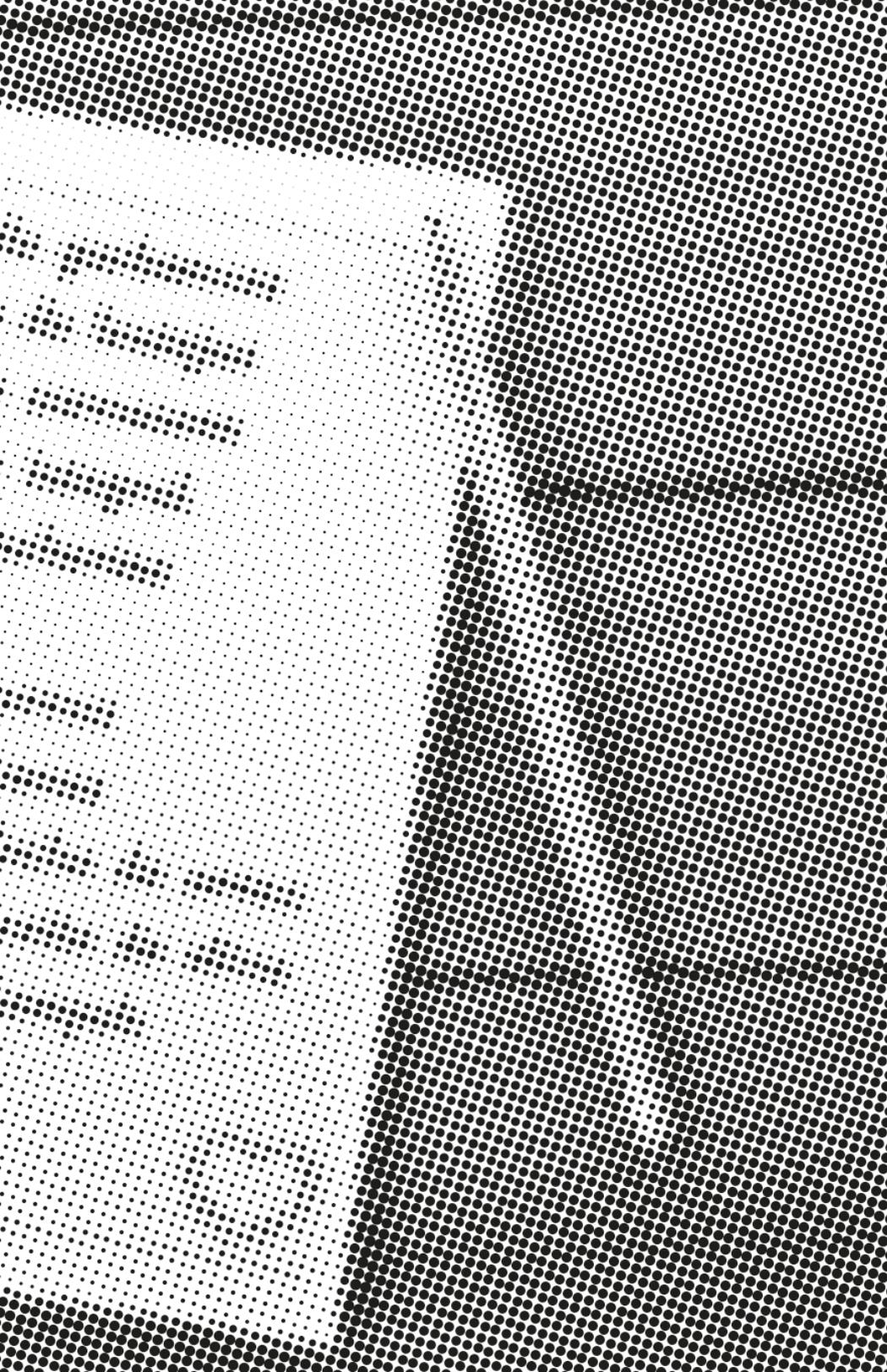
## Caminar

Autora: Ana Cuevas

Salgo a caminar un día cualquiera por la comuna en la cual vivo, quiero disfrutar mi andar indiferente al entorno, de pronto levanto la mirada y diviso a un joven que con mucho esfuerzo va tirando su silla de ruedas, al ver que el camino está pedregoso, me acerco para ayudarlo. El me mira y responde ¡no se preocupe estoy acostumbrado!

Al ver su rostro sonriente, pensé ¡y yo que con mis piernas buenas a veces no me dan ganas de caminar!

Ahora me daré tiempo para caminar y disfrutar.



## Lista de compras

Autora: Sandra Barrella

Está arriba en su dormitorio, sigue allí en cama, yo le cuido con esmero y evito hacer ruido para no despertarle. Salgo muy poco para estar atenta a lo que pida por eso cada vez que debo salir de compras la ansiedad me atrapa y para evitarlo hago listas para sentirme menos nerviosa y así no olvidar nada.

Las tiendas están cerca iré caminando, esta vez serán unas cuantas cosas: azúcar, huevos, mantequilla, té y arsénico.



## El mercadillo

Autora: Sandra Barrella

Mis abuelas obtienen todo en aquel mercadillo, mis madres, mis hermanas y yo misma lo hago, es que aquí encuentras desde una sencilla mandrágora hasta lágrimas de Arconte.

Recorro los pasillos sin aspiración, pero llevo mi canasta preparada para recibir aquellas especias que se lanzan desde los estantes para escapar del aburrimiento, tienen la ilusión de transformarse en algo nuevo, lo lograrán si se van conmigo y llegando a casa entran en mi caldero.



## Esos ojos

Autora: Sandra Barrella

De vuelta del mercado, me vine por el costado del parque, es un agrado disfrutar de la sombra de los árboles, la brisa y el aroma de las flores. Camino tal como si fuera un cerdito, siempre mirando el suelo para evitar tropiezos, por eso me sorprendí tanto al ver aquella figura un poco difusa al principio, pero mientras avanzaba mis ojos iban dibujando a una pequeña mujer sentada en el pasto con su espalda apoyada en un árbol, su cabeza agachada sobre su pecho. Imagino que mis pasos me delataron, pues ella levantó la cabeza, su cabello largo había estado ocultando al niño que estaba amamantando, cuando ella se movió el pequeño soltó el pezón y entonces comenzó a gritar, porque eso no era un simple llanto. Me quedé inmóvil e incapaz de razonar mirando aquella escena tan íntima. La joven de unos quince años puso su mano en el pecho, ¡me miró y exclamó con una voz infantil “no tengo leche”!

Mis piernas respondieron antes que mi mente, me acerqué a ella, le dejé la bolsa de las compras a un lado y me largué de allí. Esos ojos de niña mirándome llenos de angustia y el dolor, ¿cómo hago ahora para olvidarlos?



# La noche sin estrellas

Autora: Rosa Pérez

La oscuridad de la noche tragó sus gritos,  
el silencio enjugó sus lágrimas.

Salió sin rumbo a ninguna parte,  
Invisible, en la calle  
de la noche sin estrellas.

El frío amanecer la dejó dormida,  
llevándose el hambre en los bolsillos,  
la miseria pegada a sus zapatos  
y el dolor adherido a su piel.

El día en que rompieron su inocencia.



## Violeta

Autora: Rosa Pérez

Perfume silvestre  
aroma a tierra Huellas  
en el camino con pies  
desnudos dedos  
prodigiosos con  
dedales de oro  
Bordando esperanzas  
en arpilleras multicolores  
Golondrina viajera  
Francia te acunó en Paris  
Y tus tapices  
brillaron en Louvre  
Una tarde de febrer  
tu trino de alondra  
tomó el camino del silencio  
en las cuerdas de tú guitarra  
quedaron atrapados tus sueños  
el viento susurra tus notas  
y los ángeles en el cielo  
las cantan a mil voces.



## Paredes negras

Autora: Valentina López

¡Hijo! Dale de comer al perro que tiene hambre, gritaba mi mamá desde su habitación. Estaba sola y necesitaba de mi ayuda para que el día le cundiera.

¡Sí mamá! Le respondía, y sin pensarlo dos veces, me dirigía entre la oscuridad a la mesa en la que dejaba las sobras del día anterior.

Ella siempre cocinaba un plato extra. Yo no entendía para qué si siempre terminaba dándoselo al perro. No recuerdo la última vez que salimos a comprar juntos su comida.

Sólo la escuchaba darme órdenes. Yo sin cuestionarle o mirarle el rostro, obedecía. Escuchaba ladrar al perro cuando me acercaba al plato. Como quería a ese animal y a mi mamá.

Ella me vuelve a llamar para que alimente a su perro, a veces siento pena y esta es una de aquellas ocasiones. Alimento a mi mascota llorando, como si ya no quedara nadie en esta casa, como si el fuego de mis pesadillas realmente lo hubiera quemado todo. Aún escucho los ladridos y aullidos de mi perro y a mi madre llorando, gritando como si hubiera perdido algo, y yo siento mucho calor.



## Me tronaron

Autor: Fabian Zarate

Te conocí al inicio de la pandemia cuando el miedo se respiraba en las calles vacías, hay un virus mortal dicen los medios, hay una gripe dice el presidente. El primer encuentro se dio en tu departamento pese a la desconfianza así lo pactamos, pues, no había otra forma. Caminé algunas calles hasta llegar a la Roma Norte, un edificio de los 50 o 60 con una arquitectura memorable pero que jamás había notado a pesar de trabajar en frente.

Antes de entrar como es costumbre compartí mi ubicación con mi romee y alguien en Chile, en estos tiempos modernos caras vemos y enfermedades mentales no sabemos.

Comenzamos improvisando un menú de cervezas sin dimensionar que la conversación se extendería hasta una botella de vino, las risas fluían y los silencios no se percibían, salimos por otra botella y enseguida note que ambos ya sabíamos que éramos el postre.

Pensé que pedirías que me quedara, salir a la calle nuevamente significaba un riesgo que en mi interior no quería asumir pero que te valió madres y finalmente dejaste que pidiera el uber como si todo fuese parte de una pésima canción de reggaetón sin fundamentos emocionales.

Pasaron los días y nos hicimos desconocidos, pasaron semanas y nos hicimos extraños, pasaron los meses y el recuerdo de aquella cita pandémica se esfumó con la catarsis normal de aquellos días confinados.

Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo volvimos a coincidir en tinder, iniciamos la conversación sabiendo que era cuestión de horas para vernos nuevamente.

Ese día lo programé de tal forma que fuese imposible que el home

office se extendiera más allá de las 18 horas, llegaste a las 19:16 pero no bajé hasta las 19:30 para hacerte ver el error que sin saber habías cometido al enviarme a casa aquel primer día.

Ahora si cenamos, a la luz tenue de una vela continuamos con unas copas de un vino que facilitaron una conversación nuevamente sincera, fácil y sin momentos incómodos, supe valorar que no fue necesario embriagarnos para desearnos, el orgasmo ya había comenzado con la primera letra de nuestro breve texteo.

Iniciamos una rutina sin exigirnos nada, los encuentros eran breves pero satisfactorios, la respuesta recíproca de algunas historias no era invasiva y resultaba casi perfecta, unos días más y ya empezaremos con los memes pensé ingenuamente, error.

Pasaron semanas y la indiferencia del silencio nuevamente embargó mis emociones, ¿cómo estás? te pregunté, -cansada y con sueño, respondiste con tono amargo, ¿cómo te fue? insistí estúpidamente, -bien pero hay que depurar la presentación para generar mayor aceptabilidad, contestaste soez, la lectura entre líneas propició el momento y visceralmente te confronté: primero no me pelas y ahora me hablas como si fuese cuál trámite.

Creo que la química no es suficiente y conversacionalmente no evolucionamos.

## Conclusión

Nuestro Grupo Literario Nutram Millan, se vio sorprendido por primera vez por una pandemia que nos limitaba al confinamiento, al uso de mascarillas, a una distancia social y a una serie de normas que deberíamos seguir de parte de la autoridad sanitaria, lo que no nos dejaba otra que aceptar el peor escenario y cesar en nuestro intento. El año 2020 se acercaba problemático, pero nada iba a impedir nuestro afán de adquirir los conocimientos literarios de cada año, de vernos las caras y ejercer nuestros deseos de escribir, es por ello que buscamos la forma de salir adelante, aprovechar la plataforma zoom y sumarnos a las más dinámicas clases impartidas por nuestro Monitor Carlos Acevedo, las que se fueron sucediendo entretenidas y con el mejor ánimo de parte de todos nosotros. Cada integrante puso su granito de arena y salimos airoso ante tanta adversidad, gracias a ello fue posible la edición de este libro virtual que dejaremos como testimonio del esfuerzo logrado con el amor más grande hacia los implicados y posibles lectores que lo puedan visitar. Solo cabe destacar a los escritores que han plasmado sus obras en forma voluntaria, enviándolas para ser insertadas y leídas.

Gilda Reyes

LITERATOS NUTRAM  
ANTOLOGÍA  
narrativa y poesía  
2020



ASOCIACIÓN  
CULTURAL  
MUNICIPAL  
DE CERRILLOS